

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLASICOS

ACTAS DEL VII CONGRESO  
ESPAÑOL DE ESTUDIOS  
CLASICOS

(Madrid, 20 - 24 de abril de 1987)

I



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

Madrid 1989

## ANTICIPOS DE UNA NUEVA TEORIA DEL SISTEMA CASUAL DEL GRIEGO ANTIGUO

Querría adelantar aquí algunas cosas sobre los capítulos relativos a los casos, ya redactados, que formarán parte de un libro en preparación titulado *Sintaxis Estructural del Griego antiguo*. El libro no pretende ofrecer novedad en cuanto a sus materiales: proceden casi siempre de la bibliografía existente. Pero sí en cuanto a la teoría que expone, de acuerdo con el título.

Evita, para comenzar, dos planteamientos muy comunes:

1. La Sintaxis filológica, de etiquetas, que no distingue entre significado sintáctico y lexical y no da diferente relieve, sino si acaso lo contrario, a los hechos sintácticos centrales y a detalles accesorios. Mezcla además sincronía y diacronía y parte, para el estudio de cada caso, de significados generales, independientes del contexto, que considere como una herencia recibida por el griego incluso desde el mismo indoeuropeo (valores de «genitivo propio», «partitivo» y «ablativo», del genitivo; de «dativo propio», «instrumental» y «locativo», del dativo).

2. La Sintaxis abstracta y universalista, sea estructural o generativa (a base ésta de estructuras profundas y de superficie), que se aleja de los datos y busca definiciones unitarias y abstractas de cada caso válidas para todas las lenguas; busca también un sistema absolutamente simple de los mismos, también universal.

Los puntos de partida y las fases de estudio son, por el contrario, las siguientes:

1. La descripción de cada caso ha de hacerse inductivamente a partir de un estudio distribucional, sin tener para nada en cuenta problemas diacrónicos como si hay sincretismo o no. Se estudian las distintas distribuciones de cada caso en cuanto determina al verbo, nombre o adjetivo o es usado en forma extrasintáctica. Se atiende a las funciones y a los tipos de relación que los casos indican. Y dentro de esto se intenta penetrar en las acepciones que se crean, sobre todo en distribuciones muy

formalizadas y que logran, a veces, una difusión independiente que abarca al nombre y al verbo (genitivo de precio y judicial, dativo de interés, etc.).

2. Se añade el estudio de las oposiciones con otros casos, siempre en distribuciones precisas y contribuyendo a crear las acepciones: Ac./D. (los dos complementos), Ac./G. (éste puede ser de precio, judicial, de parte...), N./Ac. (sujeto y complemento directo), Ac./G./D. («dirección hacia»/«desde»/«reposo»), etc.

3. Y el estudio de las neutralizaciones. Las hay entre varios casos, así en los usos asintácticos (expresivo-impresivos o representativos), absolutos y adverbiales: pueden ser de diversa cronología y difusión. Y las hay entre dos casos: de N. y Ac. (cuando éste es sujeto del infinitivo), de Ac. y G. o G. y D. (regidos por el verbo), etc.

4. Son importantes las transformaciones, que han llevado al nombre y adjetivo las construcciones adverbiales y al revés y han contribuido a difundir tipos de relación y a crear «acepciones». Las hay con cambio de caso: el N. y Ac. adverbiales pasan a G. adnominal (o al revés) o a D. adnominal. Y con inercia transformativa: se crean así diversos Ac. y D. adnominales, diversos G. adverbiales.

Tras este proceso de análisis viene el de inducción y síntesis: aspira a crear definiciones pancrónicas, aunque también se considera su escisión en subsistemas y su evolución diacrónica, desde el IE y luego dentro del griego, en sus diversos estadios.

En términos generales, los casos tienden a estar definidos por ciertos usos «centrales», que se degradan en otros según distribuciones y oposiciones y admiten neutralizaciones en circunstancias precisas. Los usos centrales son aquellos de más amplia distribución y frecuencia y que permiten la creación de «acepciones» dentro de límites más estrictos, también de neutralizaciones.

Prescindiendo de éstas, se estudia el N. como caso sujeto, intentándose una nueva definición del mismo; el Ac. como caso objeto de determinación general, estudiándose algunas especializaciones que se crean y su difusión por transformación al contexto nominal; el G. como determinante general del nombre y en parte del verbo, por transformación: surgen oposiciones y neutralizaciones con Ac. y D. y se difunden acepciones de tipo nominal o se crean otras nuevas; y el D. como caso local-adverbial con adhesión secundaria al verbo y terciaria (por transformación) al nombre y adjetivo y desarrollo de valores gramaticales u, otras veces, «subjctivos»: éstos de difusión también nominal.

Se insiste en la posibilidad, a veces, de varios niveles de análisis, gramatical y no; en la posibilidad también de interpretaciones cambiantes y de ambigüedad en los límites de las acepciones. Y se estudia la evolución histórica: proceso por el que el uso de los casos y su sistema se hace cada

vez más complejo mediante la proliferación de acepciones, oposiciones, transformaciones y neutralizaciones, de la implantación de diversas «normas» también; y proceso subsiguiente, a partir de la «koiné», de simplificación, que culmina en la reducción de funciones del Ac. y G. y en la desaparición del D., con máxima expansión del sistema de las preposiciones.

Tras estas generalidades, vamos a ofrecer algunas precisiones de detalle.

Para empezar, es bien claro que el V., como generalmente se acepta, se opone al resto de los casos como exponente de la función expresivo-impresiva (el detalle de la misma está ligado a la semántica del nombre y al contexto) frente a la representativa. Ahora bien, el N., Ac. y G. comportan ocasionalmente usos impresivo-expresivos: la función representativa es un término negativo y a veces aparece a su lado, como hecho de neutralización, la otra. Diacrónicamente, se trata de un resto de la antigua posibilidad de todo nombre de usarse en función representativa y en función impresivo-expresiva.

Es conocido y está condicionado por hechos diversos (estilos, cronología, semántica) el detalle de usos impresivo-expresivos del N. (*Il.* XIII 85, αἰδώς, I 23 δημοβόρος βασιλεύς; S., *Ant.* 891 ὃ τύμβος; Ar., *Ra.* 521 ὁ λαός; *Act. Ap.* 18.4 ὁ λαὸς μου), el Ac. (S., *Ant.* 441 σὲ δέ, Ar., *V.* 1179 μή μοί γε μύθους), el G. (X., *Cyr.* II 2.3 τῆς τύχης; E., *Hipp.* 814 αἰαῖ τόλμης) e incluso el D. (cf., por ejemplo, *Od.* XVIII 363 ὧμοι ἐγὼ σέο, τέκνον).

De otra parte, los casos representativos pueden neutralizarse entre sí, todos o varios, en diversos usos absolutos que dependen en cuanto a su difusión y frecuencia de hechos de norma. Así puede superarse, por lo que al N. se refiere, la vieja y todavía virulenta discusión de si su uso central o fundamental es el de sujeto o el de pura nominación, un valor de no-caso (Wüllner, de Groot, etc.). Sincrónicamente, los numerosos usos asintácticos en frases unimembres y bimembres (N. en rótulos y títulos, en inventarios, los metalingüísticos, los anacolúuticos, etc.) son usos neutros dentro de las oposiciones N./Ac. y N./otros casos, según los contextos. Por otra parte, hay también, como se sabe, usos neutros, no casuales, del Ac., G. y D.: usos absolutos; adverbiales de lugar, tiempo, etc.; otros varios: Ac. en listas (*PSI* 427 σάκκον ... μάρσιππον), anacolúuticos (D. 53.20 τὸν δὲ Μάνην), G. en títulos *Hpc.*, *Acut.* (*Sp.*) 61 τριχώσιος, IG 2.1126 οἰκήσιος), etcétera. La interpretación es la misma.

Esto nos deja, para el N., un uso casual prácticamente unitario: el de sujeto. Pero su definición semántica como agente representa tan sólo un segundo nivel de interpretación de lo que es un sujeto: es válida, por lo demás, sólo para ciertos N. sujetos, no para todos.

Nosotros tratamos de superar la polémica sobre si el sujeto es un actante o determinante del verbo (Tesnière, Martinet) o si también es determinado por éste (posición tradicional, cf. últimamente Serbat). Pensamos que el N. sujeto es un determinante y un determinado ligado a la persona: o insiste en ella o la precisa subcategorizándola.

El Ac., dejando aparte su zona neutralizada frente al V. y la también neutralizada frente a otros casos (incluido su uso como sujeto), se opone al N. como determinante general de ciertos verbos frente al determinante personal o N. Pero no se encierra un valor unitario: hay un núcleo que se degrada en ciertos contextos creando valores especializados bien conocidos que hacen posibles las construcciones con dos Ac. Pueden hacerse algunas observaciones:

a) El uso como determinante genérico es especialmente claro cuando el Ac. se opone a un Ac. específico, a un D., un G. u otra construcción.

b) También cuando se neutraliza su oposición al D. (verbos de «hacer bien o mal») o al G. (verbos con G. «de rección», que es erróneo calificar de partitivo).

c) El uso específico más aislado (pero no del todo, hay usos-puente) es aquel en que el Ac. se opone a un G., no a un N. y no hay transformación pasiva: el lativo.

d) El origen del Ac. con nombre y adjetivo se explica por una transformación: amplía la definición del Ac., pero este Ac., el de relación, implica una determinación específica frente a la genérica del G.

De todas formas, en el Ac. el centro domina a los márgenes estadísticamente, y aquéllos no están excesivamente alejados de él. En cambio en el G., después que se prescinde de los usos neutralizados (G. por V., G. adverbial y absoluto, de rección, etc.) es imposible hallar una organización del significado de tipo semejante.

El G. es el determinante general del nombre (y adjetivo), el cual se degrada en ciertos contextos como determinante especializado (de precio, cualidad, partitivo, etc.) hasta el punto de que, igual que ocurre con el Ac. adverbial, hay construcciones con doble G. (Th. III 105 *τὴν τοῦ Λάχνητος τῶν νεῶν ἀρχήν*, S., *Tr.* 1191 *τὸν Οἴτης Διὸς πάγον*, etc.). Sólo en escasa medida halla concurrencia en el Ac. y D., que en esos muy poco frecuentes usos, muy delimitados distribucionalmente, se oponen a él o lo sustituyen.

Pero, sin duda como resultado de una transformación, el G. es también, con una frecuencia importante aunque sea minoritaria, un caso adverbial. Aquí es un determinante general que alterna con el Ac. u ocupa su lugar cuando hay rección y neutralización; cuando no, es un determinante específico.

Y este determinante específico del verbo puede ser idéntico al determinante específico del nombre y adjetivo, aunque a veces con frecuencia muy baja (G. comparativo, partitivo: sólo el tipo *Il. VIII 121 Ἄδρηστοιο δ' ἔγημε θυγατρῶν* merece llamarse partitivo); o bien puede ser muy distinto: un G. adnominal como el de cualidad no se da con el verbo, un G. de origen no se da con el nombre. Aunque hay «puentes», el panorama total no es reducible a la unidad.

En suma, en griego un sistema N./Ac. se combina con otro complejo: cualquier caso/G., Ac./G. (junto al verbo, con usos diversos), sobre todo. Se añaden neutralizaciones y especializaciones diversas que se oponen entre sí o a otros casos y que son más o menos reducibles a un centro significativo. La asimetría es mayor en el G. que en el Ac.

El sistema se completa aún con un D. que indica lugar (y tiempo) «en» y «hacia»: es fundamentalmente un determinante oracional, pero también determina al verbo e incluso, más raramente, al nombre y adjetivo. Prescindiendo una vez más de las neutralizaciones, los diversos usos se dan en oposiciones propias (por ejemplo, la de Ac. complemento directo/D. id. indirecto) y en distribuciones específicas. Hay «puentes» entre los usos gramaticales y los locales; y, dentro de éstos, entre los usos «en», los usos «hacia» y los usos «con».

Pero hay una semántica laxa, el D. es un caso supletorio, usado para relaciones desatendidas por los otros casos, salvo cuando hay oposiciones o neutralizaciones explícitas, en que hay ya sentidos muy precisos. No hay posibilidad de establecer un significado nuclear, independientemente de la posición que se tome sobre los problemas diacrónicos (si hay sincretismo o no, que es lo que pensamos).

Es complejo, pues, el panorama de los casos griegos, que hay que completar con el uso de los adverbios, del grupo preposición + caso, etc. Imposible reducirlo a un sistema simple de sentidos unitarios organizados en oposiciones binarias sucesivas; o a un sistema espacial combinado con uno gramatical. Está dominado por oposiciones, neutralizaciones, distribuciones y transformaciones diversas. A veces se descubre un centro y a su lado márgenes de frecuencia diversa; otras hay disimetría y falta de unidad, con gran dispersión semántica. Y más si se introduce la consideración del uso de los casos con preposición.

Todo esto, hablando sincrónicamente, en realidad pancrónicamente: pues los diferentes sistemas sincrónicos coinciden en líneas generales, pero difieren ampliamente en el detalle. Piénsese, por ejemplo, en la eliminación o casi eliminación de usos anómalos con el Ac. lativo, el G. de origen y el D. locativo, estrechamente relacionados entre sí, a partir de la prosa ática; o del Ac. de relación y el G. partitivo en «koine», donde el G. de rección tiende también a desaparecer; en la decadencia del D. en «koiné» y su

desaparición en fecha bizantina, etc. En términos generales, puede decirse que, como se anticipó al comienzo, el griego, a lo largo de su historia, tendió a crear un sistema más simple, como más simple era, parece, el sistema indoeuropeo del que el griego procede. ¿Cómo entonces justificar definiciones unilaterales y universalistas como las que están de moda? La comparación con otras lenguas indoeuropeas lleva a los mismos resultados: así, en latín no se trata tan sólo de que la existencia del Ab. plantea una situación especial, sino que el G. adverbial apenas existe.

Esta es, al menos, nuestra manera de pensar, basada en los principios sentados al comienzo. Se trata, en definitiva, de un proceso de análisis y síntesis de base estructural que unifica los puntos de vista empírico e inductivo y sistemático y estructural. Evidentemente, hasta este momento se ha trabajado sobre todo con hipótesis universalistas sumamente apriorísticas y arbitrarias; frente a ellas, la filología tradicional no ofrecía otra cosa que un muestrario de «etiquetas» y anomalías. Si el cuadro aquí trazado tiene la limitación de reducirse simplemente al griego y aun, dentro de él, de distinguir diacrónicamente diversas variantes, al menos intenta presentar un sistema coherente que presta atención, al mismo tiempo, a la rica multiplicidad de los hechos.

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS